

En el Parque "Solari" de Salto.
FOTO J. Caruso

EL DIA

AÑO III - Nº 115
Montevideo, Diciembre 30 de 1934

El drama heroico de los campos de Caganch



BOCETO de la Batalla de Cagancha, del pintor Gilberto Bellini

NOVENTA y cinco años, van transcurridos, desde el memorable episodio histórico desarrollado en los campos regados por el arroyo de Cagancha, en la mañana del 29 de Diciembre de 1839.

Ya el Dr. A. Dufort y Alvarez, desde las columnas de "EL DIA" publicó en el año 1893, con acopio de antecedentes y profusa documentación, los hechos más culminantes de la batalla, que sirvieron de base a su autor para el divulgado libro sobre la Invasión de Echague, del que hoy entresacamos algunos de sus párrafos:

"Eran las 10 de la mañana, el ejército de Echagüe traía decididamente el ataque, haciéndose el silencio precursor de la batalla, mientras el sol doraba la cúpula celeste, alumbrando aquellos rostros con la mirada atenta de los grandes hechos.

El General Rivera montado en un overo rosado, con esa arrogancia soberana de los grandes jinetes, dirigía las acciones con el látigo en la mano.

La guerrilla de avanzada cumplía con su deber y se aprestaba a resistir el avance de la poderosa columna del General Urquiza, al propio tiempo que nuestra izquierda iniciaba la acción con el ala derecha enemiga.

El General Medina — de poncho y larga lanza, empezó una serie de cargas, de aquellas que ya le habían dado fama gigante en los campos de Ituzaingó — llegaba hasta lo alto de la cuchilla, para desplomarse desde allí, abriendo hondas brechas en el ejército invasor.

Los contrarios vuelven a la carga — más numerosos, más irresistibles — peró Nuñez y Luna atropellan sobre el flanco derecho, que arrollan y deshacen. Hay en cambio una faena más ruda y difícil en el ala derecha, debiendo hacer frente al General Servando Gómez, que hace retroceder las fuerzas de Rivera y las lleva hasta donde están acampadas las reservas, que gracias a su intervención al mando del Coronel Venancio Flores, logra detenerlas.

La avalancha aplastadora, arrollaba a nuestros bravos escuadrones, pero éstos se rehacían, volviendo desesperadamente a disputar el triunfo recuperando sus posiciones.

El General Gómez llevó 14 cargas brillantes, lo que significa que fué rechazado otras tantas veces con igual brillantez, a pesar de la inferioridad nmérica de los nuestros.

Formalizada la batalla en las dos extremidades, avanzó el centro enemigo al mando del General Garzón, haciendo un fuego vivo y sostenido con la artillería, mientras la infantería se desplegaba en guerrillas. La maniobra era peligrosa — tan fué así, que obligó al cambio de ubicación de varias piezas y una carga a la bayoneta por el 2.o batallón, que protegidos por certeros tiros de metralla, obligaron la retirada del enemigo.

La batalla se mantenía indecisa, de pronto un brazo pujante interviene en la lucha inclinando la balanza, era Angel Nuñez acaudillando sus valientes que entra como cuña de acero, soberbio e irresistbile; el enemigo vacila, pierde terreno y presiente la derrota.

Desde ese momento, sonaba la hora del desastre para el ejército invasor, dos o tres tiros de cañón, cuyas balas bien dirigidas, cayeron a retaguardia de la columna, bastan para provocar el desbande, la huída y el pánico de la derrota, dando así fin a la batalla a eso de las 3 de la tarde.

La banda lisa del 1.o de Cazadores tocaba la diana triunfal y nuestros héroes saboreando las embriagueces de la victoria, gritaban a coro:

Viva la Patria. ¡Viva el General Rivera!



EL General Rivera, en la misma batalla por el pintor Hilario Ferrer

BATALLA de Cagancha, por el Sr. C. Menck







ESTADO actual de la azotea de Callorda, que ocuparon las fuerzas de Echagüe en la Batalla Cagancha

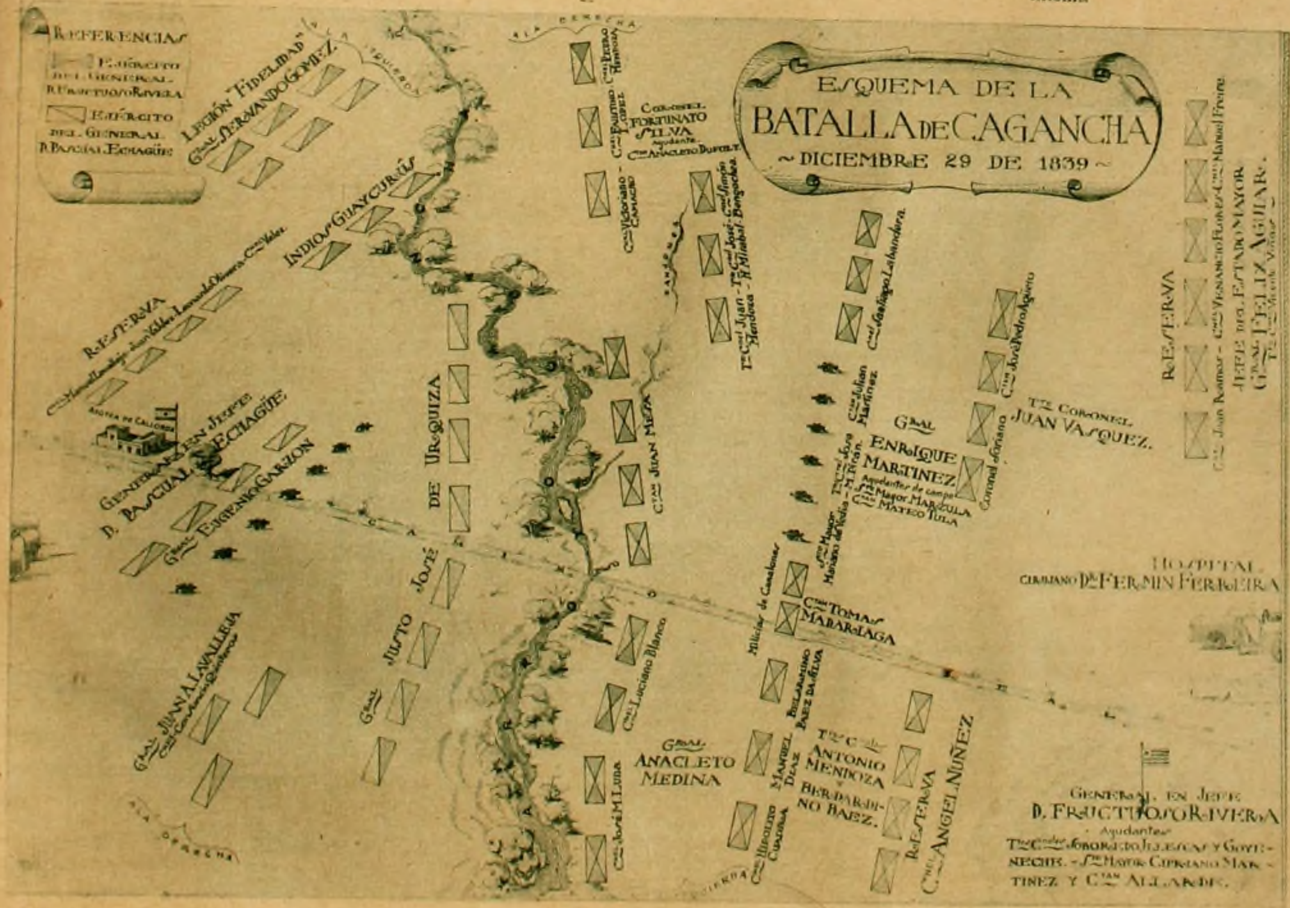
DE LA COLECCION DEL SEÑOR ROBERTO PIETRACAPRINA

PASCUAL Echague, General en Jefe del Ejército de operaciones de la Confederación Argentina en el Uruguay, por Bagle litógrafo del Estado. Buenos



GABRIEL A. Pereira, Vice Presidente de la República que recibió y comunicó a la población el parte de la batalla como un triunfo completo

ESQUEMA de la Batalla de Cagancha, con el detalle de los cuerpos, jefes y oficiales que tomaron parte en la misma



Sociales



Señorita: Irma Ortiz Colombo. FOTO FIGOLI.



Señorita: Nélida Susena Morquio. FOTO MARCHESE.



Señorita: Margarita Acosta. FOTO FIGOLI.

Para la mujer

Como broncear el cutis

La moda actual indica broncear la piel, como muchas chicas cometen el error de quemarse con el sol para obtener ese deseo sin darse cuenta de que en esa forma perjudican la piel. Nosotros vamos a indicar a nuestras lectoras el uso de la famosa Leche Coeur de Fleurs en el tono ocre bronce, con la que broncearán sin dañar la piel. La Leche Coeur de Fleurs viene en cinco tonos: rachel, rosa, blanco, ocre y ocre bronce, con su uso se evita el empleo de los polvos y se consigue ese esmalte de la piel que da esa naturalidad y hermosura que tanto llama la atención.



Carlos José Tosi Sanguinetti. FOTO MARCHESE.

sociales



Sra Emily H. de Symonds con su hijo Eugenio.

Es una foto por frangella hnos

Concordia vista desde la Villa Oriental y el vaporcito que hace el viaje al Salto.

Paisajes del Parque Municipal "Solari" de la ciudad de Salto.











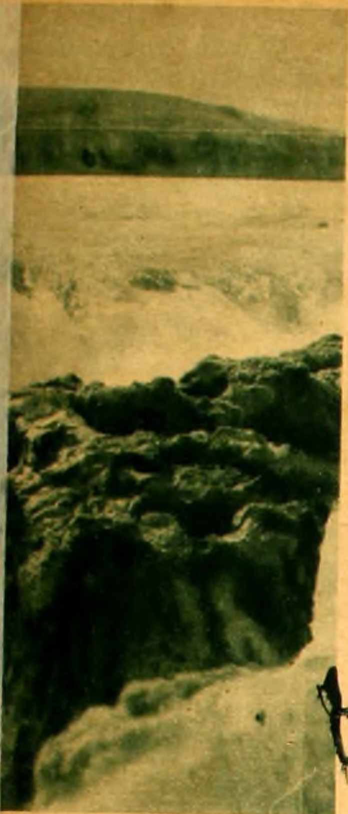






SALTO G

Paisaje salteño







NDE DEL URUGUAY



NUESTRO hermoso Río Uruguay, que tiene sus nacientes en las remotas Sierras do Mar, situadas en el Estado de Santa Catalina, Brasil, desarrolla la parte más pintoresca de su curso a lo largo de nuestras costas.

A unos cinco kilómetros más arriba de la ciudad de Salto cruza el río una restinga que forma múltiples pequeñas cataratas imperceptibles cuando el río está lleno. Siguiendo hacia el Norte, a los veinte kilómetros, se encuentra el Salto Grande, catarata tan deslumbrante en sus cambiantes como temible para las embarcaciones que osen salvarla, pues sólo en extraordinarias crecientes puede ser remontada, con el peligro de quedar encerradas, las embarcaciones, en el curso superior si tardan mucho en volver aguas abajo.

El aspecto que en conjunto presenta este río es tan maravilloso, que marinos y viajeros aseguran no haber otro en las zonas templadas que le iguale en belleza, sobre todo contemplando su orilla izquierda, alta, tajada a pico en muchas partes y poblada de matas silvestres y árboles indígenas.

Los grabados que ilustran estas líneas, representan variados aspectos del Salto Grande y la costa adyacente.



CINES

Louise Latimer.





Marión Davies.



Thelma Todd.

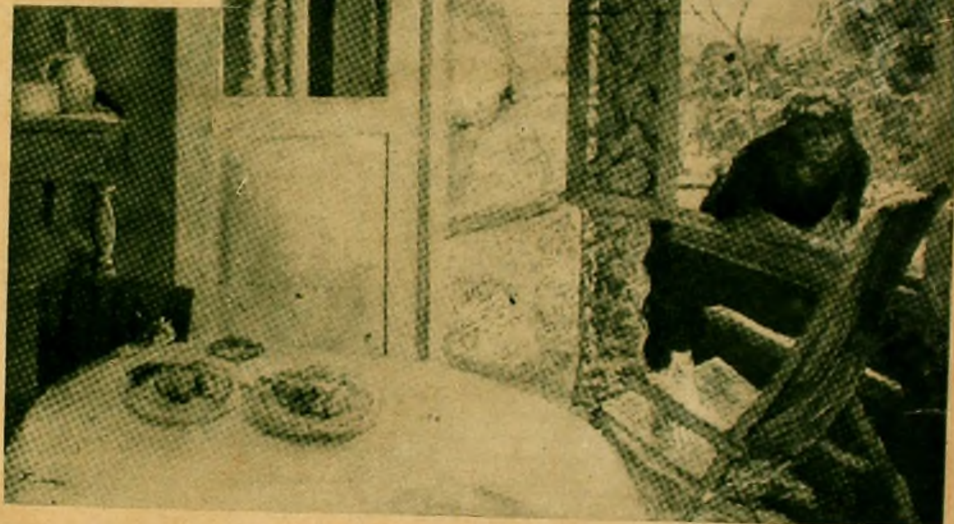


BONNARD

Pierre Bonnard, pintor francés discípulo de Gauguin y de Cézane. Autorretrato.











EL CABALLO DE LOS OJOS AZULES



AQUEL rincón del jardín tenía una soledad impresionante. De pequeños era el sitio preferido para jugar a los pieles rojas. Las ramas altas, los árboles de troncos tenebrosos, el no saber dónde se posaban los pies, porque las brazadas de hierbajos lo impedían, y, sobre todo, el silencio. Aquel silencio era algo que nos hubiera dado miedo a no ir en pandilla, pero llegábamos allá en bandada y alardeábamos de quedarnos hasta que el sol se amorataba, mordido por los picos de los montes. Lo sabíamos porque la obscuridad del rincón se hacía pesada sobre nuestras manos y el croar de las ranas y el cri-cri de los grillos y el rechinar de las chicharras, unidos a un vaho tembloroso que enfundaba nuestros corazoncitos, nos hacían levantar vuelo y respirar fuerte cuando nos encontrábamos en la ruta de manzanos que enfila la casa.

¿Por qué nos llevaron a encerrar en primavera? He aquí un buen reproche para el pobre papá. Parece ser... Bueno: no adelantemos aquellas horas tristes que dividieron la familia.

¡Parece tan sencillo ser feliz! Papá, mamá, tres hijos, una casa coquetonamente aldeaniega y un jardín inmenso, cuajado de maravillas. El aire parecía que se coloreaba en el mover de tanta flor; los campanarios de los chopos guardaban picazas blancas y negras, que servían de puntería al escopetón del jardinero — ¡vaya un recuerdo el que llega!, podría contar las vueltas de cuerda con que le sujetaba. ¡Cómo no ser felices cuando reía el agua en las regueras y los setos que cerraban la huerta eran frambuesas y grosellas! ¿Quién ha tenido todo eso y no ha sido feliz?

No parece bien que yo sea el destinado a buscar culpas a los hechos, cuando casi no puedo decir que los conozco y he de asegurar que el llamar felicidad a la casita de mi niñez debe ser sólo la ausencia de ella en mi momento presente. Casi estoy por negarla. Pero, ¿cómo hacerlo cuando de niño he tenido el corazón rebosando como una fuente? Sólo aquella marcha en busca de la ciencia a países sin sol malograron la belleza de mis once años.

Sí lo sentí mucho, mucho, fué porque en el tren recordé que "Ojo de la Noche", mi caballo, se había quedado en el ángulo de la desolación. Ya sabéis aquella manigua donde ejercitábamos nuestra destreza de indios imaginarios.

Todos habéis sido niños: unos con juguetes y otros (iba a decir sin ellos, pero no es exacto), todos llevamos las manos pesarosas de no sentir su agilidad. ¿Sois hombres? Pues recordad la caricia a la mujer amada. ¿Eres mujer? ¿No se estremecieron las tuyas al palpar el juguete, fresco a manzanas, de un hijo?

¡Qué pena la mía en el tren! El pobre caballo llegaba antes que papá y que mamá. Aquello era horrible. Yo era decididamente un malvado que nunca serviría para nada bueno. Por más que quería enternecerme — "Mamá lloraba, mamá lloraba" — el triquitraque del tren conmovía todos mis instintos piadosos y el pobre caballo me miraba con los ojos azules, donde las moscas se detenían. Él, ¡pobre tonto!, los dejaría pintados y abiertos.

A poco tiempo empezó a llover. El agua hacía caminitos en los cristales.

—Oye, Juancho: lloviendo y "Ojo de la Noche" en el jardín.

—Por allá no llueve, ¿no ves que hemos hecho muchos kilómetros? — me dijo santamente mi hermano.

Y con esa esperanza me sosegué y pasaron los días y yo seguía creyendo que en mi jardín no llovía nunca y cuando las planchas de plomo cerraban el cielo, mi inocencia continuaba pidiendo la sequía eterna sobre mi caballo de los ojos azules.

Llegaron las épocas que tienen limón y miel...

...diablo del colegio. Como estudiante creo que deje recuerdo gris.

Sentí profundamente dos cosas: el no hacer la primera comunión, que mamá me había prometido como un día milagroso de regalos, y el tener que escribirle en francés. ¡Pero, Dios mío, si yo a mi madre me pasaba el día lisonjeándola con palabritas tontas y en francés no me salían! ¿Cómo decirle riquiña?... Bueno, como lo dijese. Aquello no salía más que con las caricias que ella sabía tan bonitas.

— Brujito, ¿dónde está el brujito, sapito verde? — y su voz pasaba las hojas de los árboles y unas a otra se decían el mensaje hasta mí, su brujito, sapito verde. Mamita, y ahora, ¿dónde estás?

Fué perdiéndose dentro del recuerdo todo: la casa, el caballo, los árboles, papá... Todo, menos ella. Por la noche la sentía besarme y hacerme la señal de la cruz sobre la frente.

— Anda, brujito chiquito, duérmete — y obedeciendo al mandato, de mis ojos empezaba a manar el sueño.

— De tanto ir del pueblo al molino y del molino al pueblo, a un burro le salieron esparavanes.

— ¿Y qué son esparavanes, mamá?

— Pues una enfermedad que les hincha las patas.

— Sigue.

— La molinera quería que le cambiasen en las próximas ferias, pero el molinero juraba por tres mil demonios que estaba tan campante para unas pocas moliendas... Y así, diciendo que sí y que no, pasaron los días y los días.

— Mamá, no te canses, sigue.

— Pero como las mujeres son las mandonas siempre, pues señor...

Y ya en ese momento bendito del antesueño me besaba; y, con el cabo del cuento, su brujito se dormía como un santín de palo hasta el día siguiente.

Pasaron tres años en vacaciones. El primero escribió mamá, el segundo también. El tercero papá se encargó de contestar torpemente a nuestras preguntas. "Se fué mamá, en un barco muy grande, hacia América. Parece ser que un tío muy rico la reclama para dejarla heredera. Se hizo en bien de todos."

¡Qué llanto! Mamá en América y dejarnos a nosotros solos. Miré el mapa todo de color de rosa y consulté las explicaciones: verdes cocoteros, palmeras, cotorras, monos, bosques de vegetación gigantesca y alguna fiera y algún indio. ¡Pero, mamá, irte tú sola a aquel paraíso y dejar a tu brujito quemándose la sangre entre compañeros tontos que preguntan "Où est-il l'Espagne?".

Cuando llegué a mi casa era también primavera. ¡Cómo se para el tiempo en las provincias! Me miré en el espejo del vestíbulo con la esperanza de verme con pantalón marinero y la onda traviesa de mi pelo rubio sobre la frente. Pero vi un hombre desgarbado, con chaqueta gris, la corbata moteada de blanco y unos ojos lejanos, de cansancio internacional.

Mi padre salió a recibirme con una tos apresurada.

— ¡Papá! — le abracé fuerte. — ¡papá!

Lloramos... Mi padre me llegaba al pecho y tuve la sensación de que mi chaqueta ejercía un acto de caridad.

Poniendo en las palabras la pena de tanta separación, cuando nos sosegamos le pregunté:

— ¿Y mamá?

¿Por qué no conseguía yo creer a la tía Ernestina que me dijo había muerto? Algo me afirmaba que si así hubiese pasado, mis trajes hubiesen seguido la costumbre de ennegrecerse, como cuando el abuelo.

— ¿Y mamá?

— Tu madre ya no está con nosotros — balbuceó entre dos esfuerzos por incorporarse.

— ¿Murió?

Nunca dijo sí. Sólo sus ojos se cerraron y abrieron en una afirmación.

Luego los días, las horas, los pasos marcados por el crujir de las tablas. Mil duendecillos burlones detrás de las cortinas. "Vaya un brujito descarado y grande que nos ha venido".

La casa estaba descuidada; las criadas no eran ya aquellas de mi niñez y habían adquirido humos sin aprender refinamiento. No conseguí que me sirvieran bien el té matinal, ni que la correspondencia diaria le acompañase.

Empezaba a necesitar de nuevo el calor de las palabras de Ivonne. Los recuerdos se marcharon con la costumbre de vivirlos. El jardín tornó sus flores en frutos, y a cambio de las estrellas de la fresa, escondieron sus bolitas rojas.

"¡Ma toute belle! ¡Cómo te amaría en este jardín, tonto de rosas y de frutales! El otro día no comí un melocotón porque al acariciarle para quitar la tierra del árbol, te recordó. Además, toda la savia de la vida me brota en este reír de los árboles, y los insectos parece que me burlan al perseguirse, y un ciervo volante se quedó enganchado en mi pecho al desear, enloquecido, a su hembra, que se alejaba. Otro día, Ivonne, salvé a un saltamontes de las hormigas y otro — veo tu sonrisa de hada ante mi aventura solariega — libré a un ratoncillo de las ratas grandotas del riachuelo. Estos han sido mis trabajos de Hércules, pero créeme que Herakles hubiese sentido envidia de mí, pues los ofrendaba a los ojos más bonitos de Francia".

Este fragmento de mis charlas escritas con Ivonne, dará idea de mi estado serenamente aburrido.

Una tarde llegaron dos viejucas amigas de mamá. Yo no las recordaba jóvenes, de manera que debían traspasar el milagro de la vida.

— Hola, hola, ¡vaya un brujito alto y gordo que nos ha venido! ¡Brujote y herejote serás de tanto vivir por los parises!

¡"Brujito"! Otra vez el halago maternal, tanto tiempo dormido. Y las ventanas parecieron abrirse a un sol con flecos de oro, y en el vano del ventanal el pavo rozó la riqueza de su cola.

— Te pareces a ella: vaya que sí. ¿Verdad, Victorita?

Y Victorica, con su cara plegada, contestó:

— Su madre tiene los ojos azules y el pelo blanco, y eso cambia mucho.

Tiene, pero ¿qué es esto? Será *tenía* lo que estas estantiguas querrán decir.

— Martita, ¿cuántos años hace que Javierín se fué a estudiar? — seguían cotorreando, poniéndose diminutivos, como si su doncellez pudiera tener remedio.

— Lo menos quince años. Ella misma me dijo a mí al marcharse: "¡Pobre Javierín: lo siento por él más que por ninguno!"

Yo estaba enloquecido. Claro: hablaban de su marcha a América, pero ¿por qué deplorarlo si era en bien de todos?

— Dígame, señorita — interrogué. — ¿habló con usted mi madre antes de morir?

¡Para qué entrarías, papá, con tu tosecilla avisadora y arrastrando tus pantuflas!

Mi pregunta se enganchó en una cornucopia de cristal lechoso, donde vi la sonrisa de mi madre casi corpórea. "¡Brujito, brujito mío!"

Me sentí rodeado de misterios. De pronto, todo lo que mi candidez aceptaba, me pareció chocante y ridículo; misterioso. Sobre todo misterioso. ¿Por qué no habíamos seguido todos reunidos en aquella casita con setos de frambuesa y grosella, donde la felicidad parecía una costumbre? ¿Mamá, mamá, qué fué de ti?

Con un pretexto simple me alejé de la visita.

"Ivonne, Ivonne..." Quise pensar en su silueta maravillosa y en sus ojos sombríos. ¡No podía! Aquellos duendecillos de las primeras horas me tironeaban de la imaginación.

— Mira, brujo verde, aquí te caíste por primera vez con la bicicleta.

— Y aquí te quitaron aquellos chicazos el balón y te lo cambiaron por un gusano redondo, verde; con el más bonito traje verde del mundo.

— Sí, duendecillo, y aquí mamá me curó a besos una pierna ortigada y más allá se murió el zorrito de carne que regalaron a Juan Manuel.

— Y ahora, ¿qué haces? ¿cuáles son tus juguetes?

— Motores.

— Pero no serás feliz, porque son demasiado grandes: tu mamá no puede guardártelos cuando no eres bueno.

Yo reí mucho pensando en mamá con una turbina a cuestas. Los duendecillos seguían con las viejas tocatas.

— ¡Y tu caballo de los ojos azules!

¡Pues era verdad! ¿Y mi caballo de los ojos azules? El ángulo de la desolación era pequeño para mi corpulencia y había perdido su prestigio.

— Vamos allá — gritaron los duendecillos locos de alegría.

— Vamos — les contesté.

Y en tropel de recuerdos llegamos cerca de la chacra.

¡Allí estaba el pobre caballo! De su antigua vistosidad sólo conservaba los ojos azules, lo demás estaba comido de musgo. ¡Mi pobre "Ojo de la Noche"!

"A la batalla, a la batalla, los indios han incendiado el campamento." Y arre, arre, por el jardín huyendo de los pieles rojas.

Le acaricié.

— ¿Verdad "Ojo de la Noche" que me esperabas? Tú sabías que tu amito volvería, y has querido verle.

La tarde se amorataba en los picos de los montes; los sapos iniciaron sus paseos hacia los caminitos del jardín; las chicharras y los grillos calentaron el aire. Yo seguía contemplando a mi caballo de los ojos azules.

— Ven, pobrecito, que te limpie.

Y cuando me inclinaba a levantarle, brilló entre las hierbas el alfiler de esmaltes con que mamá prendía sus trajes.

¡Mamá! Aquí ha estado mamá. ¡Callaos!, dejadme discurrir, no me volváis loco. ¡Aquí ha estado mamá!

Y como si su voz llegase, corrí hacia casa con su medallón y mi caballo, ocupándome las manos mientras las campanillas de anochecer gritaban: "¡Tonto, tonto!"

En el zaguán me sentí vacilar. Mi padre tenía un papel azul y un gesto de vinagre.

— ¿Qué pasa, papá?

— Nada, nada — me gritó metiéndose el papel en el bolsillo.

— Papá, soy mayor de edad y creo tener derecho a saber lo que te entristece.

(Debía de estar tan cómico con mi caballo mugoso, que me volvió la espalda y entró en su despacho.) Le seguí.

— Papá, ¿por qué me has dicho que mamá había muerto?

Sin mirarme me alargó el papel.

"Falleció Mercedes, colapso cardíaco. Su fortuna 500.000 pesetas herederos tus hijos. Vicente."

— Papá, papá, ¿qué es todo esto?

— Nada. Tu madre se fué porque nuestros caracteres no se entendían. Se marchó con su primer amor — dijo hiriente mi padre. — Y claro, renunciaré, por vosotros, a esa herencia que mancha.

No dije nada. Y seguía con mi caballo y mi medallón temblando entre las manos. Subí a mi cuarto, y, sobre la cama, con una pena de once años lloré hasta rendirme.

¡"El derecho a la felicidad"! Aquella frase de la juventud de mi madre la había llevado a dejarnos. ¡Maldito derecho que nos había robado sus caricias: aquel "brujito" que acompañaba mis noches, aquella paz de la casita con setos de frambuesa! Pero yo no podía sentir la indignación del honor de mi padre y seguía adorándola. Ella había estado días antes limpiando los ojos azules del caballo de su niño. ¡Si yo la hubiese visto! ¡Como mi infancia y mi juventud hubiesen abrazado su cabeza y su cuerpo de viejuca! ¡Y ahora se había muerto sin yo besarla, sin oírla una última vez: "Brujito mío"! Sola, entre extraños, sintiéndose desbridar del mundo, lentamente, en la agonía de su corazón cansado. ¡Mamá! ¡Mamá! ¿Cuál habrá sido tu pensamiento último? No te guardo rencor, es decir, perdóname mamá, ¿no te bastaba nuestro cariño para ser feliz?

Amontonando recuerdos y sombras, la noche me dejó, al final, dormido: tirado sobre la cama, junto al caballo de los ojos azules.

Al siguiente día ordené mis maletas y salí para siempre de la casita de mi niñez.

"Brujito, mi vida", me perseguía la sombra de mi madre.

Mamá, ¿por qué nos dejaste si la felicidad cantaba en el agua de todas las regueras y florecían los árboles, y reían tus niños entre los setos de frambuesa de la huerta?

La lluvia empezó a trazar caminitos en los cristales del vagón, como aquella tarde última, pero yo no pensé en mi caballo olvidado, sino en mi pobre mamá que también se había quedado olvidada, en no sabía qué rincón de un cementerio.

Cuando, en el Quai d'Orsay, Ivonne me tendió su manita gris, tuve un movimiento de vacilaciones. ¡Casarme nunca! Pero sus ojos de hada estaban calientes como dos llamitas y la tentación de su boca escocía de recuerdos.

— ¿Qué me traes de tu viaje? — me dijo, esperando algún exotismo de pandereta.

— Mira — y le enseñé el caballo, con sus ojos azules, desteñidos de tiempo y de lágrimas.

— Te burlas — me amenazó.

— No, Ivonne mía; es un cuento. Un cuento triste, que contarás todas las noches a nuestros hijos: "Era un caballo con los ojitos azules, azules..."

M. TERESA LEON

ILUSTRACIONES DE CYMBAL



POR LA REGION DE STAFFELSTEIN.



Casa Municipal de Staffelstein

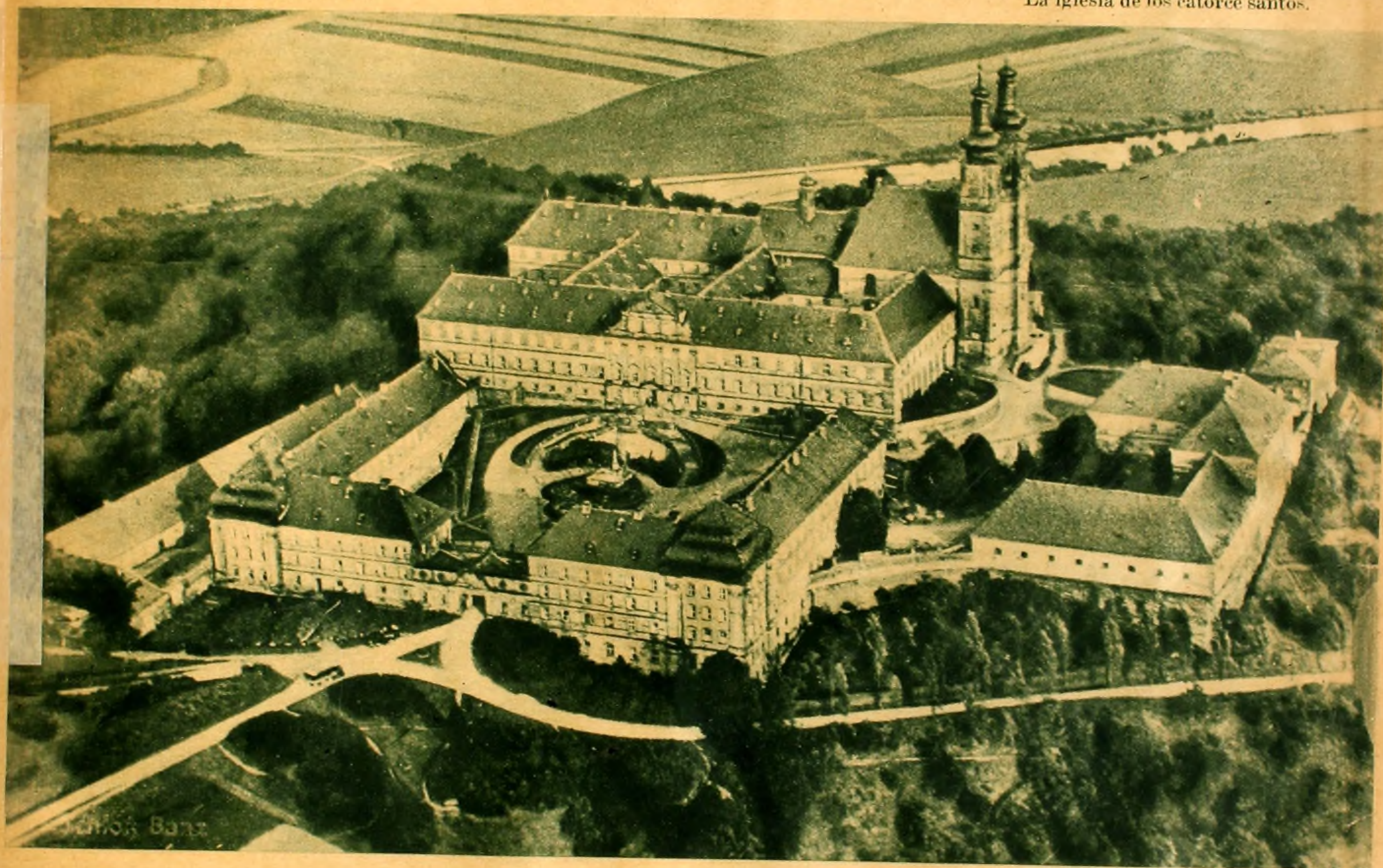
TODO discípulo de una de las Altas Escuelas, todo estudiante universitario de Alemania ansía de poder visitar la región bávara de Staffelstein y subir a la montaña, cuya loa predica en sus excursiones primaverales, desde que el poeta Víctor von Scheffel ha resumido sus bellezas encantadoras en insuperables versos.

Y más aún! Siendo niño de la escuela elemental nos han enseñado el razonamiento matemático del maestro Adan Riese, que ha actuado en este pueblo y a cuyo método de cálculo tanto progreso debemos, sin darnos cuenta de ello y sin recordar su inventor. De la altura del Cerro Staffel, coronado por un murallón de piedra tosca — defensa prehistórica de forma rudimentaria — domina la vista el hermoso valle del Meno, pasaje rico, explotado por una agricultura intensiva progresista. A poca distancia y dentro de una espesa selva secular levántase la admirable Basílica de los 14 santos y en frente, en la orilla opuesta del Meno, la ex-abadía de Banz. Antes sede de la orden de San Benedicto, que erigió en 1710 su iglesia, pasó más adelante a manos del Estado. Removiendo la fe con la ciencia investigadora del ambiente local, háse reunido en los salones del claustro una de las más interesantes colecciones paleontológicas regionales, que goza de gran fama y atrae los hombres estudiosos hasta de lejanos tierras.

Dr. Juan SCHROEDER.



La iglesia de los catorce santos.



Castillo de Banz.



El monte Staffel con la capilla de Santa Adelgunda.

Toca a su término el desmantelamiento de la vieja red telefónica.



VA Montevideo cobrando el aspecto de las grandes urbes. La "Suiza Americana" se pone a tono con las exigencias del siglo XX en todos los órdenes que establece el desenvolvimiento más moderno de las actividades.

Dejemos las apreciaciones desde el punto de vista ético-social; el que se refiere a las grandes alternativas básicas de una nación, la industria y el comercio; dejemos de lado el capítulo de las artes y de las ciencias bien ganado en el concierto de la civilización mundial, para juzgar entonces, de nuestra metrópoli su progreso arquitectónico y edilicio.

Al estilo de los grandes rascacielos neoyorkinos; de los anchurosos y elegantes boulevares parisienses, de sus "boigs", varios son los modelos que engalanan nuestra ciudad, y si cabe la admiración, si corresponde una sorpresa, no es por el parangón que pueda establecerse con los tipos que exhiben las grandes ciudades donde la obra actual más exigente, ha contado con el "beneplácito" del capital, de millonarias fortunas, del oro, sino por las exigencias de que ha estado rodeado ese "patrón" en un país que recién ha abierto los ojos, que recién puede decirse pretende desprenderse o independizarse de la "tutela" universal.

¿Acaso no podemos contar sólo dos décadas, — desde que comenzó justamente la conflagración europea, —para advertir en tan breve espacio de tiempo el curso de un progreso que encierra toda una superproducción de bellas y costosas iniciativas?

Sí; veinte años son testigos de esa metamórfosis que ha permitido a Montevideo descubrirse orgullosa ante suyos y extraños, como ofrecen también el mismo testimonio, de esa figura que a manera de patriarca, fué el precursor del desenvolvimiento edilicio y arquitectónico de nuestra ciudad.

Montevideo necesita más innovaciones, — se dijo el Progreso, — y la Ciencia y la Acción, buscaron y hallaron el complemento indispensable para la obra, en quien tuviera la virtud de provocar, con sus bien asestados golpes, con sus formidables estocadas a Antaño y sus viejos patrimonios, una reconstrucción inmediata e infinitamente superior.

Y el "Mago de la Destrucción", que no es otro que don José Zunino, persiste en su propósito de noble alianza con las iniciativas que predice la nueva era, sacudiendo sobre Montevideo, decidido y por los siglos de los siglos, la vieja red telefónica, uno de los últimos vestigios de pasadas generaciones.

La obra en estos momentos implica una tarea difícil y abrumadora. Todos la observan, día a día, paso a paso, en cada esquina; descubriéndose ahora sobre la vista el fondo celeste, libre de esa constelación mecánica en que timbró la voz del pampero...

Y mientras la mano del Gigante sigue arrancando como de las entrañas de la tierra, torres, históricos murallones, postes; y en lo alto, rollos y más rollos alámbricos que respondieron al lúgubre concierto de mil huracanes, con una vaga congoja dice el pueblo en su canción: Es Antaño que se va..., es el Progreso..., es el nuevo Montevideo.... y es Zunino"...



UN VENDEDOR DE DICHAS

POR una verdadera casualidad ha llegado a mis manos el manuscrito de este cuento, que, sin duda alguna, formaba parte de los relatados por la sultana Cherazada al poderoso y feroz de Persia Cheriyar en el transcurso de ellas famosas noches que han pasado a posteridad con el nombre de "mil y una", que como yo he tenido la suerte de descu-, resulta que fueron "mil y dos".

'aya esta explicación por delante para 'ar mi responsabilidad, si el cuento es ma- en caso contrario no tengo inconvenien- n cargar con la paternidad del relato.

* * *

–Había en Bagdad — comenzó a narrar bella Cherazada con aquella maestría que aba tener pendiente de sus palabras al z Cheriyar, haciéndole perder la noción tiempo, que raudo transcurría — un mo- pobre y desgraciado que se llamaba Ibra- . Este joven había nacido con el signo la desgracia en su frente y no había con- ido disfrutar un solo instante de felici- desde el mismo día en que vió la luz del por vez primera.

l joven Ibrahim había agotado sus fuer- luchando contra la adversidad sin conse- dominarla ni un solo minuto. Las des- cias se sucedían sin interrupción, rodeán- por todos lados, como los anillos de una rme serpiente, hasta que llegó un momen- en que, cansado de luchar contra el des- , se abandonó a sus caprichos.

rrojado por la vida de un lado para otro o un muñeco, vivió algún tiempo el jo- de mi historia, ¡oh, gran Cheriyar!, de- ado y mísero, hasta que por su fortuna ó a la ciudad un anciano mercader, de en se decía que poseía fórmulas maravillo- entre las cuales se contaba una tan extraordinaria que, según él mismo aseguraba, era capaz de proporcionar al que la poseyera una completa y verdadera dicha para toda su vida.

El joven Ibrahim creyó llegado con aquel viejo mercader el momento de su liberación, aunque tropezaba con la infranqueable dificultad de no poseer la moneda de oro que el anciano pedía por su fórmula. ¡El oro, oh, poderoso rey de Persia, que hace andar de coronilla a tus súbditos de ambos sexos, lo mismo al alegre y campechano persa que a la más hermética de tus "persianas", es el punto neurálgico de la vida y seguirá siéndolo en el correr de los siglos!

Inútil fué que el desdichado mozo se arrodillara a los pies del extraordinario viejo que con una sonrisa burlona escuchaba indiferente sus lamentaciones.

—Que Alá te guarde y te bendiga, joven Ibrahim — contestó a sus desesperadas peticiones, mirándole burlón con sus mortecinos ojos entornados, en los que brillaba de vez en cuando una chispa de fulgurante malicia: — pero es inútil que te esfuerces. Si traes la moneda, tuya será la fórmula; si no, te irás sin ella. Una moneda de oro es poca cosa cuando se trata de toda una felicidad. Busca, trabaja, ¡roba!... ¡Je!, ¡je!...

Aquella noche Ibrahim decidió poner en práctica los consejos de aquel raro mercador. "Roba", dijo; ¿y por qué no a él mismo?

No lo pensó dos veces. Encaminóse al tenducho del viejo y se acercó con cautela a su puerta. La noche era oscura y la calle estaba solitaria. La ocasión no podía ser más propicia.

Sin gran dificultad pudo forzar una ventana y pronto se encontró en una reducida habitación, que tenía el aspecto de una pequeña farmacia con sus estanterías repletas de frascos.

Lanzóse a buscar con ansia la fórmula deseada, leyendo febrilmente las etiquetas de los botellines.

—Aquí no está... ¡Haz que la encuentre, sabio Mahoma, y prometo ofrendarte unas babuchas que vas a bizquear de gusto!... Pero por aquí tampoco está..., ni por acá... Pero... ¡por Alá, sí! ¡Aquí está! — exclamó con júbilo.

Había descubierto una pequeña vitrina, en cuya parte superior ostentaba esta leyenda: "Fórmula de la felicidad".

Pero, ¡oh decepción!, en aquella vitrina había hasta cinco frascos con sus correspondientes etiquetas. Cuál de ellos encerraba la maravillosa fórmula? "Gloria", "Talento", "Riqueza" "Vida", "Muerte"... se leía en los botellines. ¿Cuál era el que contenía la felicidad? Era para volverse loco.

No tenía tiempo que perder. Tomó con ansia los cinco frascos y se los guardó precipitadamente en los bolsillos.

Cuando se encontró en lugar seguro, contempló detenidamente los extraordinarios recipientes. Su desorientación crecía por momentos. Había acabado de decidirse por el de la Riqueza, cuando le detuvo el pensamiento de que el mismo hecho de vender el anciano mercader la fórmula por una moneda de oro descartaba la posibilidad de que la dicha verdadera estuviese en aquel frasco.

—No importa — decidió al fin. — Si la riqueza no es la felicidad, no hay duda de que es uno de los puntales que pueden sostenerla.

Y de un trago se bebió el contenido de la botella.

Desde aquel mismo día el oro corrió a sus manos como un torrente que amenazara sepultarle en sus auríferas corrientes. Pronto comprendió lo que es tan viejo como el mundo mismo: que el dinero no es sinónimo de dicha. Llegó a la conclusión de que aquello de no poder desear nada, pues con su oro todo lo tenía a mano, era más aburrido que pescar anguilas con anzuelo, ¡oh, gran señor!, no es menos cierto que esta ilusión por algo que no poseemos y que deseamos alcanzar es la que excita el deseo de vivir.

Así lo comprendió el joven Ibrahim y decidió probar con otro de los frascos. Después de mucho dudar, eligió el del Talento y apuró su contenido.

Ya poseía el talento y la riqueza, dos grandes cosas que pueden ser para la mayor parte de la Humanidad motivo de dichas inefables. Pero entonces advirtió que, aun poseyendo estas dos cosas, si sus semejantes no le mostraban su admiración, era como si no las poseyera. Su única satisfacción de saberse rico y con talento no le bastaba. Necesitaba que todo el mundo le admirara y que pregonasen por todo el orbe su sabiduría. Y entonces se acordó del frasco de la Gloria y se la bebió de un sorbo.

Consiguió lo que deseaba. La gloria atrajo sobre él las miradas de todos los habitantes de la Tierra y su nombre fué pronunciado en todos los rincones del mundo con admiración y respeto. Pero también aquello tenía sus sinsabores. Apareció la envidia y comenzaron a atacarle y denigrarle sañudamente. En vano esperó que desaparecieran los primeros síntomas de aquel mal que empezaba a corroer su fama; la envidia, igual que la calumnia, se iba extendiendo como una gran mancha de aceite, molestándole de más en más con su contacto viscoso y repugnante.

Dirigió su vista, con el afán desesperado del náufrago que busca un clavo ardiendo donde asirse, digo donde asirse — rectificó la discreta Cherazada, — a los dos únicos frascos que le quedaban. Y vió con infinita desesperación que ninguno de ellos podía encerrar la fórmula salvadora.

El que guardaba en su interior la Vida no podía darle la solución que tanto ansiaba, puesto que el apurar su contenido era tanto como prolongar sus desdichas. Y aun menos podía estar aquélla en el de la Muerte, ya que no es posible, por muy buena voluntad que se ponga en ello, ser feliz toda una vida acabando con ella.

De pronto, ¡oh, poderoso señor!, Ibrahim sintió el ramalazo de la inspiración, como un relámpago que iluminara la cerrazón de sus ideas.

—¿Por qué no mezclar el contenido de los dos frascos? — se dijo. — Una amalgama de vida y muerte ha de dar resultados sorprendentes. ¡Quién sabe si aquí estará la famosa fórmula! Vale la pena de probarlo, aunque me exponga a reventar como un triquitraque.

Después de bien mezclados los dos productos, cerró los ojos, se sujetó con los dedos la nariz y se bebió el brebaje.

Pronto notó sus efectos. Se sintió transportado como a otro ambiente, a otro mundo. Nada de lo que antes le ofendía o molestaba le causaba ninguna sensación. No sentía ni padecía; vivía en una tranquilidad inefable. El mundo era suyo; no deseaba ni pretendía nada, nadie le envidiaba ni zahería. ¡Por fin era feliz!

En efecto, aquello era la vida dentro de la muerte, o viceversa.

Pero las autoridades de Bagdad, ¡oh, paciente y poderoso Cheriyar!, que no entendían de sutilezas, interpretaron a su modo la dicha de Ibrahim y del extraño mercader y los encerraron en una casa de "orates".

Juan Izquierdo Cuesta

EN EL CHACO

(Campamento paraguayo)

EL Presidente de la República del Paraguay en el puesto de comando del jefe del ejército paraguayo. — Sentados, de izquierda a derecha: Coronel Garaz, General Estigarribia, señora del doctor Vasconcellos, Dr. Eusebio Ayala, señora del doctor Abente Haedo, general Solozaga, doctor Larain. De pie: teniente Tombem, Villaga, capitán Guillermo Gatti, director de Comunicaciones, teniendo Rolón, doctor Haedo, doctor Larau, auditor de guerra, tenientes Giménez y Chavez.



refugio contra los bombardeos aéreos en uno de los hospitales más importantes del Chaco.





UN cuartel telefónico y telegráfico del Chaco, más de 5.000 kilómetros de hilos tendidos en plena guerra.

ADORES: Abente, Echeverri a, Peralta, Rufinelli, Migone, de la aviación en campaña toni, Rios y Abente Haedo. aviador Tuza con el piloto chez Leito son dos uruguayos que se han distinguido.





LA Dirección de la Sanidad Militar en Campana.





GARITA para centinela, hecha del tronco de un árbol ahuecado.

Tarzan

Los elefantes de batalla.

por Edgar Rice Burroughs





















